



## XVII.

**G**ONZALO, fiel al plan de conducta que se había propuesto seguir de acuerdo con Ramona, en tan críticas circunstancias, aunque se sentía profundamente lastimado y era de ánimo vehemente, no se dejó llevar de su primer arrebato, ni increpó á la joven con dureza, como se lo aconsejaba su resentimiento, sino que le escribió una carta tiernísima, llena de amargas, pero dulces quejas, en la cual le refería su conversación con Jaramillo, y las mil penas y dolores que había sufrido desde aquel punto y hora. No se hizo esperar la respuesta; de ella son los siguientes párrafos, que darán á nuestros lectores clara idea de su tenor.

“Papá dispuso que mamá y yo fuésemos á la hacienda para hacer los honores de la

casa, y se encargó de señalar el orden de la colocación de los huéspedes en la mesa. Desde luego me designó un asiento contiguo al de Luis; pero en cuanto advertí en aquel sitio el papelito con mi nombre que había dejado papá sobre la servilleta, le tomé sin decir palabra y le cambié por otro en lugar distante. Al llegar papá y conducir á Luis á su asiento, observó la mudanza y restableció las cosas al estado que antes guardaban.

—“¡Cuidado con desobedecerme! me dijo llevándome aparte. Quiero que te sientes en ese lugar, y tienes que hacerlo.

“No hubo más remedio que someterme á su voluntad. No es cierto que haya estado contenta, como te lo dijo ese señor. Me pareció triste y amarga la comida, porque no cesé de acordarme de tí, y de pensar que tal vez te enojarias conmigo, á pesar de no tener yo culpa alguna. Y lo revelé en el semblante muy á las claras. En cuanto á mi conducta en la mesa, me limité á observar las reglas de la buena crianza. Atendí á Luis lo mismo que á las demás personas que estaban cerca de mí, porque era mi deber, dado mi carácter de persona de la

asa. Tan cierto es lo que te digo, que acabada la comida, me riñó papá segunda vez, por haber estado tan seria y mal humorada. Por lo que hace á Luis, si bien se manifestó comedido, me pareció preocupado y triste. No me dijo nada de particular, excepto preguntarme si te había visto hacía poco, á lo que le respondí que no te había vuelto á ver desde el domingo último.

“Ya ves como no has tenido razón para preocuparte. Lo que sucede es que ese señor licenciado es muy malo, y tiene el proyecto de meter la discordia entre nosotros, como la ha introducido entre nuestros padres. Pero confío en Dios que no ha de lograr su perverso propósito, sobre todo, si me tienes confianza y no te dejas llevar de las primeras nuevas, como me lo tienes prometido. Te quiero cada día más, y por nada en el mundo prescindiría de tu cariño, ni te pospondría á nadie. Eres para mí el primero de todos, vales más que todos. Junto á tí me parecen insignificantes los demás hombres. Confía en mí; no te pesará, porque el corazón me aconseja quererte más y más todos los días.”

Con esta explicación quedó tranquilo Gon-

zalo, y persuadido de dos cosas: primero, de que Ramona era un ángel, y segundo, de que Jaramillo era un demonio. Buenas ganas le dieron de decírselo á él en su cara; pero, deseoso de no agriar los ánimos [sobre todo el de don Miguel, quien seguramente llegaría á tener conocimiento de la reconvencción] resolvió guardar silencio por entonces, aunque proponiéndose decirle cuantas eran cinco al perverso letrado en la primera oportunidad que se le ofreciese, á fin de demostrarle que no era tan sencillo jugarle una mala pasada ni burlarse de él, como se lo había figurado.

A la vez que esto pasaba, don Agapito Medina celebraba una conferencia con su hijo, en la que tenía lugar el siguiente diálogo:

— Me parece que Ramona te gusta más de lo regular.

Luis se puso colorado.

— Vamos, confíesalo; nada tiene de extraordinario.....

— No lo puedo negar, repuso el joven confuso.

— Ni hay para qué. Es natural que pienses en tomar estado; tienes edad para ello,

Por otra parte, esa chica es muy guapa y te conviene bajo todos conceptos.

— Lástima que esté próxima á casarse.

— ¡ Con quién, hombre?

— Con Gonzalo; es público y notorio.

— Dirás que lo estaba; eso pertenece á la historia.

— No, señor, creo que no.

— Estás mal informado. Mis noticias son más recientes que las tuyas. Esta mañana misma he tenido una larga conversación con don Miguel, quien me ha dicho en confianza, que esas relaciones están rotas. Parece ha logrado convencer á la hija de que sería absurdo continuar sus amores con ese joven, siendo que él y don Pedro están completamente desavenidos. No debe haberle querido gran cosa Ramona, cuando se ha dejado convencer tan fácilmente.

— ¡ Eso te dijo? interrogó Luis radiante de júbilo.

— Eso mismo.

— Entonces ya me explico la razón de la tristeza de Gonzalo. Le he observado cabizbajo y taciturno todo el día.

— Yo también reparé en ello. Todos los concurrentes al deslinde lo echaron de ver.

--Le compadezco de veras, porque es excelente y le quiero.

--Pero alégrate por tí, hombre, porque ha quedado el campo libre para que conquistes á esa princesa.

--Sí, señor, ahora no habrá inconveniente para que le manifieste mi inclinación. La verdad es que siempre se la he tenido.

--Bien te lo había echado de ver. Conque no hay que perder tiempo; no olvides que esa chica tiene su medio millonaje.

--Eso no me seduce, padre. La quiero por ella y no por su fortuna. La querría lo mismo aun cuando fuese pobre.

--Serías muy capaz de cometer esa locura, porque así son los jóvenes. En tratándose de amoríos, no se preocupan por la cuestión pecuniaria. Es la mejor manera de no pasar de pericos perros.

--Padre, permíteme exponerte mi teoría sobre el matrimonio. Creo que es un asunto puramente amoroso, y que no debe mezclarse con ningún otro interés.

--Romanticismo, poesía. . . . .

--Mi teoría produce consecuencias en favor y en contra de los matrimonios con mujeres acomodadas. . . . Hay algunos que, por

dársela de delicados, no admiten casarse con ricas, aun cuando las amen; otros, por el contrario, se casan con las ricas, sólo porque lo son, y aun sin quererlas. En mi concepto, deben reprobarse ambos procedimientos. La regla es ésta: casarse por amor. ¿Tiene fortuna la mujer amada? No importa. ¿No la tiene? Tampoco importa. En queriéndola, hay que tomarla por esposa, tenga ó no tenga dinero, porque la cuestión pecuniaria es extraña al amor, único elemento esencial del matrimonio.

--De cuanto dices, lo único que entiendo es que eres capaz de no hacerle aseos á Ramona, á pesar de ser rica, exclamó don Agapito soltando una alegre carcajada.

--Si quieres interpretarlo así. . . . .

--Bueno, como quiera que sea, el caso es que hoy por hoy, nos hallamos de acuerdo. No es preciso meternos en honduras filosóficas. Conque ya te digo, es preciso no dormirse, porque hay muchos caballeros andantes que tienen á esa niña por dama de sus pensamientos.

--Falta que ella me acepte. . . . .

--Muchacho, no te hagas el modesto; bien sabes que tienes méritos, y que te los

reconoce el bello sexo. Ya verás como al primer ataque se rinde la fortaleza. Así podrán tus hijos unir la Sauceda al Chopo, con lo que formarán una hacienda tan vasta y tan buena, que será la primera del Estado.

No contestó ya Luis á don Agapito, porque le pareció inútil. Su modo de ver las cosas difería mucho del de su padre; pero estando conforme con él en lo principal, no había para que entrar en discusión sobre cosas secundarias.

Desde aquel día observó el vecindario de Citala, que Luis Medina cortejaba abierta y francamente á Ramona, sujetándose al método acostumbrado en la población; esto es: siguiéndola á todas partes, oyendo la misma misa que ella, rondando su casa á pie y á caballo, y apostándose en la tienda de la esquina y en el zaguán de enfrente para atisbar una oportunidad de hablarla por la ventana. La gente se hacía lenguas comentando el suceso, y pronto se difundió la voz de que Luis estaba correspondido; de que Gonzalo andaba de capa caída; y de que ésta era la razón de que no apareciese por todo aquello. Tales rumores llegaron bien

pronto á oídos del joven, quien se sintió lleno de angustia, porque su triste situación le impulsaba á sacar de todo consecuencias funestas. Observaba que, desde el día en que Luis y Ramona habían comido en el Chopo, habían comenzado las manifestaciones desembozadas del amor de Luis hacia ella. Y resucitaba en su memoria el recuerdo de las palabras de Jaramillo, de la expresión picaresca de los ojos del letrado y de su irónica risa, cuando le habló de aquella comida infernal; y sufría mucho sintiendo en su pecho el aguijón terrible de la duda y de los celos.

Afortunadamente pudo hablar segunda vez con Ramona en la casa de Chole, y la excelente joven logró convencerle de que no había motivo para tales alarmas, porque era ella la misma de siempre, y á él nomás le quería. Pero si se calmaron sus temores con respecto á Ramona, aumentaron sus rencores contra Luis, pues veía en él al amigo desleal, al enemigo hipócrita que le tendía la mano para engañarle y para herirle mejor el corazón. Su resentimiento iba recrudeciéndose poco á poco, y, aunque lo ocultaba cuidadosamente, tenía que estallar un día ú otro.

Entre tanto que estos sucesos pasaban en Citala, el juez Camposorio en dos ó tres días de estudio, había fallado el juicio de deslinde. Su sentencia, en resumen, contenía la aprobación de la línea defendida por don Miguel Díaz; lo que significaba la pérdida para Ruiz, del Robledal y del Monte de los Pericos. Así lo comunicó Jaramillo á su cliente desde la capital, en breve telegrama transmitido por el alambre del ferrocarril. "Negocio ganado-decía el mensaje en estilo conciso-Aprobada línea divisoria entre Chopo y Palmar por Arroyo Laureles. Felicítote."

Inmenso fué el júbilo que sintió Díaz al recibir esta noticia. Casi perdió el seso. Salíó por las calles mostrando el mensaje á todos sus amigos y conocidos, y diciendo que aquel resultado no tenía nada de extraordinario, porque era la expresión natural y genuina de la justicia.

—Bien se lo dije á mi compadre, vociferaba, pero no quiso entender. Ahora está perfectamente demostrado que me tiene usurpado el terreno. Se la da de ladino; pero por más que lo sea, no puede jugar con los tribunales.

La sorpresa fué general, pues nadie aguardaba tal desenlace; pero, después del fallo, comenzaron algunos á dudar de la justicia de don Pedro, pues es corriente en la vida, que el éxito incline la opinión de la generalidad, en favor ó en pro de las causas.

Tan grande fué el regocijo de Díaz, que deliberó celebrar el suceso como nunca había festejado otro alguno: con un gran baile en su casa de Citala. Escribió, pues, á Camposorio carta expresiva en la que, después de alabar su inteligencia, ciencia, prudencia y otras mil cosas acabadas en encia, (entre las cuales bien pudiera incluirse la palabra *imprudencia*), le daba las gracias por la eficacia con que había desempeñado el encargo, y le invitaba para que viniese al baile que iba á dar en su propia casa, en debida celebración del fallo. Siendo don Enrique hombre alegre y amante como el que más, de esa especie de esparcimientos, apresurose á pedir licencia al superior para separarse del Juzgado por breves días, y trasladose al pueblo sin demora.

Esperábanle don Miguel, el presidente del ayuntamiento y sus parciales, en la estación con músicas, carruajes y un lucido gol-

pe de gente de á pie y á caballo; todos movidos principalmente por el anhelo de diversión y de gresca, más bien que por la admiración y por el amor al alegre funcionario.

En carruaje descubierto hizo éste su entrada en el pueblo, acompañado de don Miguel y de don Santiago vestidos de gala. La casa de Díaz apareció adornada y empavesada como nave gallarda en día de regocijo. No bien quedó instalado Camposorio en la vasta sala, llenose ésta de visitantes, los cuales acudieron más que por tener la dicha de estrecharle la mano, por gozar los acordes de la música [que sonaron todo el día en los corredores de la casa], y los excelentes licores que se sirvieron profusamente.

Bien pronto supo don Pedro con tanta sorpresa como indignación lo que pasaba. Nunca había sospechado que las cosas tomaran este rumbo, y, como solía decir, tenía entendido que si Pilatos mismo hubiese de fallar aquella causa, la hubiera fallado en su favor. La escandalosa manera con que se festejaba el suceso, heríale todavía más, porque ponía al descubierto el deseo de su compadre de lastimarle cruelmente, agregando el insulto á la iniquidad. Vino á endulza r

le la pena, no obstante, una larga carta del licenciado Muñoz, en que le explicaba el por qué de aquella derrota. “No cabe duda, le decía, que Camposorio ha sido cohechado por Jaramillo. Es un hecho público en esta ciudad. Háblase de él sin reserva en los tribunales; la sentencia ha causado verdadero escándalo. He pasado muy malos ratos por este negocio, pues no sólo me indigna que menosprecien los jueces la investidura *nobilísima* que el Estado les otorga, sino que, en este caso particular, me humilla ser vencido por un abogadillo de pueblo *ignorantísimo é insignificantísimo*. Amigo, no tenga cuidado, ni vaya Ud. á amilanarse. He interpuesto el recurso de apelación, y tengo la persuasión *firmísima* de que el S. Tribunal revocará ese fallo, que es un fárrago *estupidísimo é injustísimo*. Va mi buen nombre de por medio; al defender á Ud, me defenderé á mí mismo. ¡Ya verá si andaré activo en la defensa!”

Fué para don Pedro como bálsamo consolador la lectura de esa misiva, que respiraba despecho y la ira desbordada de un gran orgullo herido; pero no tuvo por conveniente ir á Citala por aquellos días, y pro-

hibió severamente á cuantas personas le rodeaban, le hablasen palabra, tanto acerca del negocio, como de los ruidosos festejos organizados por don Miguel.

Sintió Gonzalo el suceso con doble amargura, tanto por la derrota que sufría la causa de su padre, á quien tanto amaba, como por el sarao que iba á efectuarse en la casa de don Miguel. En cuanto supo lo que se proyectaba, ocuriósele que con tal motivo se le presentaría á Luis ocasión para acercarse á Ramona y asediarla con sus pretensiones. Tal idea le quemaba el cerebro y le hacía hervir la sangre. Con el propósito de evitarse el desagrado, escribió á Ramona diciéndole sabía que su padre iba á dar un baile en celebración de la sentencia dictada por Camposorio, lo que él mucho sentía por la mayor ofensa y provocación que implicaba contra el autor de sus días; pero que, supuesto que aquello no se podía evitar, ni tenía ella la culpa de lo que pasaba, se limitaba á rogarle no bailase con nadie la noche de la fiesta, ni menos con Luis Medina. Concluía diciéndole que si le otorgaba esa gracia, le dejaría contento y agradecido; pero que si desoía su ruego, interpretaría su

conducta como una manifestación elocuente de su falta de cariño. Contestó á esto Ramona que mucho deploraba lo que estaba pasando, y que bien sabía él que era ella la primera en afligirse por la desavenencia de sus padres; pero que no perdía la confianza en que la Virgen le había de hacer el milagro de que, al fin de todo, y por más difícil que pareciese, se reconciliaran don Miguel y don Pedro. Que por lo que hacía al baile, no tuviera cuidado, porque no bailarían con nadie, ni mucho menos con Luis; y que para esto no hubiera sido menester que Gonzalo se lo indicase, pues le bastaba saber le desagradaba que lo hiciese, para evitarlo, pues no había cosa más grata para ella, que complacerle en todos sus deseos. Le decía para terminar: "Recibe mi corazón, que es todo tuyo, y nomás tuyo."

Quedaron con esto un tanto apaciguados los recelos del mozo, y, á fin de no saber ni oír nada de la fiesta, pidió permiso á don Pedro para irse á pasar dos días y dos noches á una estancia de la hacienda, donde, dijo, se hacía necesaria su presencia.

—Sí, hijo, repuso Ruiz, no sólo te lo permito, sino que yo también iré contigo.



Comprendo que lo que quieres es alejarte cuanto más te sea posible del escándalo movido por mi compadre. Tienes razón. Yo también lo deseo, aunque á decir verdad, la cosa me parece más ridícula que injuriosa. Mi compadre debería reservar la fiesta para el fin del pleito, porque en el posible caso de que el Tribunal revoque la sentencia ¿en qué predicamento vendrá á quedar el autor del baile? En el de un insensato que ha cantado victoria antes de tiempo.

Así fué que padre é hijo en compañía, internáronse por los terrenos del Palmar hasta llegar á lejana estancia, donde pasaron dos días en sociedad afectuosa, comunicándose sus penas. Oía don Pedro las confidencias de su hijo con profundo dolor, casi con remordimiento, echándose en cara el ser la causa de lo que éste sufría, y proponiéndose aprovechar la primera coyuntura que se le presentase para poner término á aquella situación. Pero ; ¡ qué coyuntura habría de presentarse, si de día en día iban enardeciéndose más y más los ánimos, y se hacía más empeñada y odiosa la lucha!

Sólo Estebanito, dominado por el deseo de ver á Chole, que le tenía sorbidos los cas-

cos, pidió y obtuvo permiso para trasladarse á Citala y vislumbrar la fiesta desde lejos. ¡ Quería gozar de la vista deliciosa y embriagadora de su amada, aun cuando fuese en brazos ajenos, incluso los del odiado maestro de escuela!

